

Efímera brisa solidificada

La inspiración es una brisa en la conciencia. A veces, un viento violento. Viene, acaricia, impulsa, revuelve y se va. El artista es un instrumento de viento. Su obra, ondas de sonidos solidificadas en la materia.

La materia adopta formas: sillas, botas, jerseys, mesas ... objetos atrapados en la densa solidez del sueño inconsciente; objetos engarzados en la malla del espacio-tiempo; objetos prisioneros de sus formas y consistencias. ¡Ah! ¡Huele a muerte el espíritu atrapado en la materia!

Pero de pronto, se levanta la brisa –la brisa de la inspiración, el soplo del espíritu- que eleva la masa corporal del artista-medium y la disuelve en el trance. Raptada por el viento de la inspiración la conciencia penetra en el cuerpo de las formas materiales vivificándolos, dándoles alas, volviéndolos ingravidos. ¡Ah! ¡Huele a gloria la materia elevada por el espíritu!

Chillida retuerce el acero, le insufla el soplo a través de su cuerpo y de sus manos de artista electrocutado por la inspiración creadora y el acero vuela ... Tapiés penetra en ladrillos viejos, en telas de sacos desgarrados, en trozos de madera arrojados por el mar y lo efímero se detiene en un instante eterno, bien silencio sobrecogedor bien grito ensordecedor que nos catapultan más allá de lo que los ojos ven.

Pamen Pereira arde en el fuego del trance creador. El resultado de su inmolación es una corriente ascendente de aire caliente en la que se mecen ingravidas las golondrinas del espíritu. Y todo se vuelve ligero ... La gravedad es un sueño. La densidad se diluye. Una cama de piedra no reposa en el suelo, sino en el silencio. El mismo silencio que emana del cojín de meditación. ¡Es una fiesta la materia cuando baila en el torbellino ascendente del espíritu!

Así es como lo efímero, detenido en el instante presente, trasluce la eternidad en la que flota. Y una vez más la artista, pontífice de ritos ancestrales, oficia la transmutación por la que la fugacidad deviene eternidad y la eternidad se convierte en un viejo jersey suspendido en el no-tiempo.

Fluyendo en el instante eterno se nos va la vida, se nos envejece el cuerpo y los muebles y los ojos se nos deterioran de tanto usarlos hasta que esa corriente cálida del espíritu nos rapte en el momento de la muerte para elevarnos, águilas sin alas, hasta el corazón del vacío.

Dokushô Villalba

Maestro budista zen

En el templo Luz Serena
Septiembre del 2002

